




RELACION NUEVA

EL VALOR BIEN EMPLEADO

POR LA HERMOSA

DOÑA BLANCA.

NAcì en Flandes, aquel raro
prodigio donde la fama
por las etereas mansiones
tantos blasones alcanza:
aquel centro, aquel asombro
de las ciencias, y las armas,
en quien de marciales glorias
tantos triunfos se señalan:
aquel; pero en mis razones
està de mas su alabanza,
porque en sus grandezas sobra,
quanto en mi discurso falta.
Desde mis primeros años,
quando aquellas luces claras
del tiempo de la razon,
que es de nuestra vida el Alba,
amanecieron en mi,
y con dos lineas doradas
la edad de diez y ocho años,
me sacò el tiempo à la cara,
me incline mas que à las letras
al manejo de las armas.
Continuo divertimiento
era en mi el monte, y la caza,

por-

porque de la guerra son
una muda semejanza.
Corriendo tras mi destino,
salì una hermosa mañana
de Mayo, donde Amaltea,
sólicita, y cortesana,
en exercitos lucidos,
introduxo copia tanta
de flores, que al verlas dixe,
dandole à el Autor las gracias:
sin duda la Primavera
à Cortes sus flores llama
à este sitio, pues que junta
tan opulentas esquadras.
Cansado ya de mirar
tronco à tronco, y rama à rama,
la esmeralda entre claveles,
y el clavel entre esmeraldas,
lleguè à la apacible margen
de un arroyo, cuyas aguas,
quanto en crystal atesoran,
dan desperdicios en plata.
Apeeme del Caballo,
y atandole de una rama,
la escopeta arrimo, y tiendo
sobre la arena la capa;
busco el sosiego, y apenas
à descansar empezaba,
quando oigo ruido lexos;
examino las pisadas,
pongo oido, vuelvo el rostro,
veo, que à mi se acercaba
un hombre, llegóse à mi,
èl no llegò con palabras;
luego palabras con èl
allì fueron excusadas:
con lenguas de fuego hablò,
y con prudencia irritada,
y colera, le respondo
con la lengua de mi espada;
cruel, sangriento me enviste,
yo le tiro, èl se repara.
Mas viendo, que su peligro
evidente se mostraba,
con una pistola vibra
contra mi postas, y balas;
mas viendo la disparò,
le busco con tanta rabia,
que quando el humo pasò,
ya estaba muerto à mis plantas.
Victorioso, aunque confuso,
sin saber de quien triunfaba,
llego, y descubrole el rostro:
aqui me turbè, pues halla
mi valor un Cavallero
de lo mejor de mi Patria,
sobrino de un Gran Señor,
y heredero de su Casa,
y le obligaron asi
los zelos de cierta Dama,

que

que à el paso que à mi favores,
à èl disfavores le daba.
Embaynè el luciente acero,
que fue inexpugnable Parca
de su desdichada vida.
Montè à Caballo, à mi casa
doy vuelta, juzgando, que
no hubiese quien me buscara;
mas dentro de pocas horas
saliò el suceso à la Plaza,
y entre diversos corrillos
Nobles, y Plebeyos daban
diferentes coloridos
al lienzo de mi desgracia.
Finalmente, la Justicia,
rigorosamente manda,
que vivo, ò muerto me prẽdan.
No sè què lengua villana
pudo descubrirme, y viendo
del modo que me buscaban,
y tan cierto mi peligro,
apelè al salto de matas,
antes que à ruego de buenos.
Dexè mi Casa, y mi Patria;
gastè algun tiempo en Madrid,
y sin duda alli pasara
toda mi vida, à no haberme
sucedido otra desgracia.
Pasè desde alli à Sevilla,
que es la maravilla octava
del mundo, y en breves dias
vi sus Calles, y sus Plazas.
Fuime à la Ciudad de Cadiz,
à tiempo, que en ella estaba
el Señor Don Luis Faxardo
de General en la Armada:
en la Almiranta sentè
Plaza de Soldado. O quantas
cosas remito al silencio
por no alargar la substancia!
Solo de paso dirè,
que dando velas, y jarcias,
al Imperio de Neptuno,
sobre su escarchada plata,
flamulas, y gallardetes
eran volantes, que daban
admiraciones al mundo,
asunto mucho à la fama.
Sucediò, pues, que una tarde,
à bordo de la Almiranta
me desmintiò un Capitan;
yo al ver manchada mi fama,
lleno de ira le arrojo
una mano à la garganta,
y sacando con la otra
una muy lucida daga,
le dixe: Dios te perdone,
quando èl dixo: Dios me valga.
Mi General se irritò
contra mi, y al punto manda,
que

q̃ me dèn muerte, y yo viendo
su rigor, me tirè al agua;
disparaonme dos tiros,
Dios me librò, cosa es clara,
y haciendo remo los brazos,
racional baxèl surcaba
el pielago de zafir,
hasta llegar à una playa,
en donde estuve tres dias.
Dexo à parte cosas varias
de sucesos, y prodigios,
donde en Provincias estrañas
nunca de mi descubierto
mi valor se acreditaba.
En ombros de mi fortuna
vine à París, Corte en Francia,
donde al Rey servia, y donde
me exercitaba en las armas,
y ganè tantos laureles
que me hizo en breve la fama,
si entre los Soldados Marte,
Adonis entre las Damas.
Estaba à este tiempo presa,
y aun à muerte sentenciada,
una gallarda Francesa,
si hermosa tan desdichada,
à quien su negra desdicha,
le puso el nombre de Blanca;
y no es esta la primera
Blanca, hermosa, y desdichada.
Llegò el dia del suplicio,
y por las Calles, y Plazas
amanecieron carteles;
diciendo en letras doradas:
por adultera, à la muerte
està sentenciada Blanca.
Seis horas tiene de vida,
termino, que se señala
à quien defender quisiere
su honor, su vida, y su fama.
Era la Ciudad tropèl
confuso de voces, y armas;
dividido el vulgo en vandos,
haciendo quadrillas varias,
sobre si era justo, ò no,
civiles guerras armaban;
si bien ser injusta muerte,
todos los mas afirmaban.
A el ir llegando à una esquina
con mucho recato, y maña,
veo un hombre haciendo señas:
llegóseè à mi con palabras
turbadas, me dixo: A vos
aquesa empresa os aguarda;
haced como Cavallero.
Fuese, y dexóme una carta,
rompì la nema, y decia
de esta suerte: Bien la fama
dà à entẽder en vuestros hechos
que os asiste sangre clara,

y altas prendas os ilustran;
yo estoi sin honra, y sin fama,
sin amparo, y sin consuelo,
y sin vida, pues me faltan
tres horas para morir;
hago à las luces sagradas
testigos de mi inocencia,
y asi libro en vuestra espada
mi vida; hacedlo por Dios:
èl os guarde, Doña Blanca.
Confuso quedè y qualquiera
aseguro lo quedara,
porque esta era una Señora
à quien jamás vi la cara.
Por un mar de confusiones
mi discurso navegaba,
ya timido, y ya resuelto,
sin determinarme à nada.
Yo acà para mi decia:
no resolverme es infamia,
determinarme es locura:
Valgame Dios! Esta causa
no es piadosa quando busca
amparo una desdichada?
Mas preguntarme solia
fuera de estas circunstancias:
no es causa de Dios? Pues Dios
ha de volver por mi causa.
No muera Blanca, no muera,
y pues que de mi se ampara,
ò yo he de perder la vida,
ò ella restaurar su fama.
Determineme en efecto,
y con presteza, y con saña
mandè ensillar un caballo,
tan obscuro, que juzgara
ser de Etyopia nacido,
qualquiera que lo mirara.
Vestime de negro trage,
negras, y doradas armas,
negra la silla del bruto;
empuñè una negra lanza,
di plumas negras al viento,
y al rostro una negra vanda,
debido luto en un hombre,
al muerto honor de una Dama.
Saquè sobre campo negro,
con unas letras de plata.
un Mote, que asi decia:
Yo soy un rayo con alas,
que en contra de la mentira,
traygo la verdad por armas.
Con estas tristes insignias
confuso lleguè à la Plaza;
entrè por ella, y apenas
de balcones, y ventanas
me vieron, quando un tropèl
se moviò de voces varias,
con confusion, que à el oirlas
el bruto, que gobernaba.

albo-

alborotado no cupo
en sì, ni en toda la Plaza.
Di vuelta por toda ella;
como todos ignoraban
quien era, dieron aviso
de mi venida, à la Sacra
siempre Augusta Magestad
del Rey; à este tiempo estaba
dispuesto un triste teatro,
de lutos, horrible mapa,
pyra de horrores confusa,
arca de miserias, y ansias,
y en èl confusa, y llorosa,
en una silla sentada,
vestido un negro ropage,
estaba la hermosa Blanca,
sin orden suelto el cabello,
descolorida la cara;
y à un devoto Crucifixo,
devotamente inclinada,
diciendo con mucha fé:
De la calumniosa infamia,
que me imputan, solo à Vos
apelan mis esperanzas.
Ya era la hora postrera
de su vida desdichada,
quando à la de Marcial èco
de trompetas, y de caxas,
con gran pompa, y bizarria
fueron entrando en la Plaza
tres mantenedores, y uno,
que era el que campeaba,
entrò en un Caballo blanco,
tan sobervio, que negaba
las obediencias al freno,
y tan hijo de su rabia,
que era su arrogante ardor
la tierra breve distancia.
Traìa el gallardo joven
plumas, y galas leonadas,
del mismo color jaèz,
con guarniciones de plata,
cubierto el rostro, y un mote,
que decia estas palabras:
Soy un sobervio Leon,
si se perdiera, ò faltara
furia, valor, y osadia,
solo en mi brazo se hallara.
Entrò el segundo en un bayo
dorado, cuya arrogancia
se acreditò hijo de Boreas;
tal era su furia, y tanta,
que con cabeza, y con pies
pareciò, que à entender daba,
ò que era trueno con vida,
ò que era rayo con alma,
de celeste terciopelo
era la librea, y gala
del ginete, y con perfiles
de oro, y las plumas blancas,
cu-

cubierto el rostro, y un Mote,
que decia estas palabras:
Yo solamente en el Mundo
sè vencer, y ganar fama.
Entrò el tercero despues
en una yegua alazana,
gallarda, y de hermosa vista,
tan sobervia, y arrojada,
que al ver su terrible furia,
dixo la gente à la entrada:
Dios te sosiegue à la yegua,
y à el ginete, Dios te valga:
de damasco carmesì
era la librea, y gala
del ginete, en quien el oro
bellos bordados esmalta,
tremolando de un penacho
el ayre mil plumas blancas,
cubierto el rostro, y un Mote
que dice en breves palabras:
Es tan activa mi furia,
y tan ardiente mi rabia,
que si mil Mundos huviera,
à mil mundos abrasara.
Despues de las ceremonias
para este efecto, y las caxas
hacen seña, y yo sali
del puesto donde me hallaba;
lleguè al cadahalso, y le dixe
à la Rea desdichada:
Señora, tened valor,
que esta vida que os ampara
và à morir por vuestra honra,
pedidle à Dios, que me valga;
y me respondiò: El os guie,
y en vuestra defensa vaya.
El primer Mantenedor
me presentò la batalla,
se travò la lid cruel;
mas me dì tan buena maña,
que se acabò la pelea,
quando entendì que empezaba,
Cayò difunto en el suelo;
lleno de colera, y rabia
saliò el segundo: gran rato
tuvo el Sol en nuestras armas,
que admirar, mas permitiò
mi fortuna, ò mi desgracia,
q̃ èl, y el bruto à un golpe mio
victorioso me llamaran.
Diò orden el Rey que de alli
un rato me retirara;
y dixe: Decidle al Rey,
que estimo con toda el alma
sus mercedes, que quien sirve,
hasta vencer no descansa,
que tiempo havrà para todo,
pues es poco lo que falta.
Lleguè à mi competidor,
que ya en el puesto aguardaba:
y

y tan recio à mi partiò,
que me hizo crugir la lanza;
tan sobervio era, y tan diestro,
y alcanzaba tal pujanza,
que me sacò de la silla:
caì en tierra, Dios me valga:
dixe entonces; pero presto
me levantè, y à la espada
remetì de su osadia
el castigo, y la venganza.
Despues de lidiar un poco,
perdiò la silla, y me llama
de los brazos; yo le acepto,
y con colera, y con rabia,
ò como Leon sangriento
tal conmigo le estrechaba:
tanto lleguè à sofocarlo,
tanto, que apenas hallara
lugar por donde salir,
con ser espiritu el alma.
Cayò en fin, como los otros,
y con voces mal formadas
dixo: Blanca, Esposa mia,
por complacer una Dama,
(què dolor!) por repudiarte,
y por deslucir tu fama,
de adultera te imputè;
y esta verdad la declara
mi conciencia, para que
sino en todo, satisfaga
en parte de la osadia
el castigo, y la venganza;
y diciendo esto, muriò.
Las trompetas, y las caxas,
Grandes, Nobles, y Plebeyos
por mi la victoria aclaman.
Todos dicen: Blanca viva;
y yo dixe: Viva Blanca.
Subì al cadahalso, y cortè
de sus manos las lazadas:
la baxè en ombros triunfante,
del muerto honor que lloraba.
Lleguè hasta los pies del Rey,
y le dixe: asi descansan
los que tienen sangre noble;
y pues llego à vuestras plantas
con honra, honor, y con vida,
agradecerè, si alcanza
mi humildad, que me conceda
la hermosa mano de Blanca,
para que mi dueño sea,
dando asuntos à la fama.

Con licencia: En Cordoba, en la Imprenta de D. Luis de Ramos y Coria, Plazuela de las Cañas, donde se hallarà todo genero de surtimiento, y Estampas en negro, è iluminadas.